

LA RESISTENCIA AL CAMBIO

Por Pedro Rodríguez, Vicepresidente 1º de la FSMCV

Muchas veces hemos oído definiciones diversas del concepto *cultura*. Posiblemente tantas como interlocutores hayamos oído intentar definirlo. Esto es debido a que, en efecto, se trata de un concepto de difícil definición. En nuestras SSMM solemos confundir el concepto *cultura* con otros, que aunque pueden estar incluidos dentro de ella, no la definen completamente. Concierto, interpretación, nivel artístico, estudio, dirección, composición... son conceptos distintos al de *cultura*, aunque por supuesto mantengan con ella una relación irrefutable.

De todas las definiciones que hemos escuchado del concepto cultura, la que más nos llena es de Carlos Villavieja Llorente, estudioso del mundo de la cultura y defensor del papel del gestor cultural en nuestra sociedad del siglo XXI.

En un excelente libro de reciente publicación, "Operatividad y utopía en la gestión cultural" editado por el SARC de la Diputación Provincial de Valencia, Villavieja, para definir *cultura*, nos lleva en primer lugar a la observación del mundo animal. Nos habla de la araña que, recién nacida y sin más enseñanzas, es capaz de tejer una tela fundamental para su subsistencia. Observamos también su capacidad de adaptación al entorno, dado que, sin haberse producido previamente un adiestramiento que explique la extraordinaria precisión de sus técnicas de caza, es capaz desde el primer día de modificar su diseño, resistencia, tamaño, etc. para adaptarlo a cada situación. Únicamente lo que llamamos instinto o genética parece actuar en este caso.

Si traspasamos esto a la naturaleza humana parece que nuestro nacimiento biológico es un parto prematuro. Para desarrollar todo aquello que reconocemos como genuinamente humano precisamos de un largo periodo de adiestramiento adquirido.

El ser humano, por tanto, lo es por la adición, de una serie de transformaciones automáticas, a otras que transcurriendo en paralelo precisan de un aprendizaje. Las primeras son automáticas, determinadas, obtenidas por un proceso genético incontestable. Las segundas estarán siempre sujetas a revisión y nos llevan paulatinamente a alcanzar una de las infinitas formas que denominamos persona.

Según Villavieja, *cultura* es el conjunto de influencias que hacen posible el viaje desde lo indiferenciado a la concreción personal del ser humano.

Definido así, el concepto de *cultura* es amplísimo y podríamos considerarla como el producto evolutivo de la humanidad. Por este mismo entender la cultura como algo dinámico, generado a través de la historia de la humanidad, tenemos que convenir que, de la aparición de un nuevo ser, no podemos apartar su entorno social, geográfico y temporal.

Si nos centramos en el entorno de nuestras SSMM, podríamos definir *nuestra cultura*¹ como el resultado genuino de un proceso evolutivo que se inició aún antes de que el primer grupo de músicos tuviera consciencia de su identidad. Y correlativamente, la llegada de un nuevo individuo -alumno, socio, padre, dirigente, director, etc.- a una Sociedad Musical podemos verla como la aparición de un nuevo ser en un entorno, que posiblemente sea diferente para cada uno de nosotros, pero con puntos de similitud.

Dentro de ese entorno social en el que el ser humano aparece o en el que un individuo aterriza, existe siempre un orden organizado formado por un grupo de individuos y un conjunto de hábitos que determinan el status evolutivo de ese momento de la historia de ese grupo o comunidad, agrupándose todo ello en una identidad compartida. Todo ello forma en sí mismo un sistema de humanización que acoge al nuevo individuo y lo integra dentro de esa identidad.

Pero si esto fuese únicamente así, el grupo y sus hábitos no evolucionaría, no habría cambios y la *cultura* sería un elemento estático y evidentemente no es así. Lo que acaba de definir el concepto *cultura* es la lucha contra lo preestablecido, la agresión a las estructuras culturales implantadas, la revisión del conjunto de hábitos, el deseo de cambios en la identidad compartida y en definitiva, la necesidad de cada individuo de convertirse en un ser único y diferenciado.

Agrupando estos conceptos de otra forma, podemos establecer que un *sistema cultural* necesita de tres pilares básicos. En primer lugar una estructura existente que representa el status evolutivo de la cultura en ese momento. En segundo lugar un aparato que permite integrar a los nuevos individuos dentro de la estructura, aprendiéndola y aprehendiéndola. Y en tercer lugar un sistema que permita las agresiones a los dos pilares anteriores, para que de esta forma la cultura no se estanque y evolucione.

Este tercer pilar es el origen del concepto de *creatividad*. Y si observamos a nuestro alrededor es casi siempre dejado de lado, olvidado o tergiversado, en lo que se ha venido a llamar cultura del ocio o cultura de consumo, tan extendida hoy (pero sobre este tema, hablaremos otro día).

En un sistema cultural que quiera garantizar su futuro, estos tres pilares básicos deberían tener la misma fuerza. Si falla el primero nos encontraremos ante el nacimiento de algo absolutamente nuevo o cuasi desconocido, sin raíces en la comunidad y que contaría con unos impedimentos para desarrollarse enormes. Si falla el segundo careceríamos de la posibilidad de integrar individuos, con lo que el sistema deja de convertirse en colectivo para convertirse en individual y carece de interés o por el contrario se estanca en los individuos actuales y muere con ellos. Si falla el tercero, el status del momento pasa a ser una pieza de museo.

¹El concepto “nuestra cultura” podríamos sustituirlo en esta discusión desde un punto de vista global, o aún mejor desde un punto de vista humano, como el concepto “la aportación de nuestras SSMM a la cultura”

¿Qué relación hay por tanto entre nuestras SSMM y la *cultura* expresada así? Tras estas definiciones y razonamientos parece evidente que en nuestras SSMM hay una *cultura* determinada, que se encuentra en un status evolutivo determinado. También es evidente que el segundo pilar del sistema, la existencia de un aparato establecido que forma e informa a los individuos sobre dicho status, existe y funciona. Y es evidente también que el tercer pilar, el de la creatividad y la agresión al propio sistema está siempre presente.

Además, una profundización en el análisis nos lleva a determinar que nuestro *sistema cultural* está más vivo y fuerte que nunca. Los doscientos años a nuestras espaldas suponen hoy día para la sociedad en general y para nosotros mismos un bagaje envidiable como colectivo. La permanencia, la experiencia, la historia y la adaptación al entorno de un colectivo, son valores en alza en la sociedad actual.

Nuestro sistema funciona razonablemente bien en cuanto a la integración de los nuevos individuos que se nos acercan a diario. Edades primeras y jóvenes se integran fácilmente en nuestras escuelas y grupos artísticos conociendo rápidamente los valores y el funcionamiento del colectivo. También personas adultas encuentran en nuestras sociedades, desde el primer día, cicerones que les transmiten nuestros valores, tradiciones y know how. En otras palabras más acordes al concepto de Villavieja, tenemos humanidad y transmitimos humanidad.

El tercer pilar, la creatividad, hay que entenderlo dentro de nuestro *sistema cultural* como las innovaciones que se plantean. Caben aquí potencialidades y desarrollos sobre nuevas formas de gestión, nuevas actividades, nuevos repertorios, incorporación de instrumentos musicales que hasta ahora no pertenecían a nuestra actividad, nuevos perfiles de formación de directivos, directores y músicos, nuevos currículos, nuevos conceptos, etc., etc. Y además todo ello entendido como agresión a las estructuras existentes. ¿Cuándo antes de ahora se habían conocido tantas y tantas agresiones al sistema generadas desde su interior? No vamos a citarlas porque a buen seguro que nos dejaríamos muchas de las iniciativas planteadas en los últimos tiempos, pero en cualquier caso parece que efectivamente, los tres pilares tienen un peso razonablemente similar, lo cual es una garantía de futuro.²

Sin embargo, cualquier agresión producida al sistema tendrá siempre una respuesta. Por su propio concepto, una agresión debe provocar una acción defensiva (de no provocarla es que tal agresión no es considerada como tal –y deja de serlo-, o nadie responde porque nadie hay, y entonces el sistema está muerto o inactivado por alguna causa).

²El hecho de decir “que nuestro sistema cultural está más vivo y fuerte que nunca” no debe confundirse con una exaltación positiva del estado de la situación. Los problemas del día a día están ahí. Los estructurales también. Las dificultades conocidas por todos en las innumerables cuestiones que afectan a nuestras SSMM ponen a prueba a un colectivo, que si consigue salir adelante es, precisamente, debido a esa fortaleza del sistema.

La respuesta a la agresión se denomina también resistencia al cambio. La resistencia al cambio tiene, como tantas cosas, dos caras contrapuestas. Por una parte tiene un efecto garantista o conservacionista sobre la permanencia de los sistemas, mientras por otra impide el desarrollo de los mismos. Es una situación similar al eterno dilema de la botella medio llena o medio vacía.

El conservacionismo permite que las cosas que funcionan bien no se alteren, pero mantiene en vigencia las que funcionan mal. La innovación puede hacer que aquello que no funciona rectifique su camino, pero ¿qué pasará con lo que ya funciona?, ¿funcionará mejor?, ¿quién lo garantiza?

Además esta resistencia al cambio está presente en todos los estadios del sistema. Dentro de las SSMM, dentro de los músicos, en la clase dirigente, en los socios, entre los directores, los profesores, incluso dentro de cada persona vamos a encontrar una parte que es resistente al cambio y otra que es creativa. Y el sistema funcionará, siempre que permita que se desarrollen las agresiones. Un sistema que por su configuración impide la creatividad está condenado a convertirse, como hemos dicho antes, en pieza de museo.

“Para que las cosas cambien es necesario hacer algo, sino todo va a seguir igual”... es una típica frase en los entornos de gestión de hoy día. Y ese “hacer algo” vendrá siempre del entorno creativo, del transgresor.

Alguien dijo que la diferencia entre un “loco” y un “genio” era el éxito. Pensemos que tal vez no es así y que la diferencia entre la locura y la genialidad es la cantidad de trabajo aportado que es capaz de conseguir una idea. Favorecer la creatividad, escuchar con atención al rompedor, al innovador, al transgresor, plantearse escenarios utópicos hasta soñar despiertos, generar espacios de creación de iniciativas, de pensamiento, estructurar mecanismos que permitan el desarrollo de la innovación... No son más que acciones que garantizan el futuro de todos.

En esta sección de Música y Pueblo y en blogs de www.fsmcv.org se tratarán temas que plantean situaciones y herramientas que tienen que ver con la resistencia al cambio. Entre todos debemos generar y acompañar el proceso creativo. Resulta evidente que es “necesaria” la agresión para garantizar el futuro de nuestro *sistema cultural*. Pero no es “necesaria” en sentido abstracto, es responsabilidad de todos, cada uno dentro del papel que tiene en este colectivo.